

Crítica de música

Izquierdo y la Sinfónica

Mario Córdova

El director Juan Pablo Izquierdo está viviendo el reencuentro con las grandes orquestas chilenas. El año pasado, después de una década, volvió a conducir la Orquesta Filarmónica de Santiago, y el pasado fin de semana estuvo frente a la Orquesta Sinfónica de Chile, después de otra larga ausencia junto a esa agrupación.

El programa que mostró en el Teatro de la Universidad de Chile fue de aquellos que a Izquierdo más parecen gustarle, los que mezclan a los clásicos con expresiones del siglo XX. Así, se presentó una terna de obras de Prokofiev, Schildlowsky y Beethoven. Había expectación por escuchar a Izquierdo, cuya sola entrada al escenario provocó los más cálidos aplausos que hayamos escuchado en mucho tiempo a la hora de recibir a un director.

Ya en acción, y con sus tan personales ademanes, el maestro chileno comenzó la jornada con una lectura de siete partes de la música del ballet "Romeo y Julieta", de Prokofiev, sobre las cuales el principal sello impuesto fue el dramatismo. Con una

fuerza patética admirable, donde siempre rondó la tragedia - incluso en la Danza inicial - la interpretación tuvo momentos notables de climax, como los de la Muerte de Teobaldo y la escena final de la tumba. Se confirmó una vez más que esta música coreográfica puede prescindir de lo escénico al quedar en manos de buenos directores.

Siguió el programa con "Los heraldos negros", segunda parte del ciclo "Amerindia", del compositor chileno Leon Schildlowsky. Concebida para narrador, cuerdas y percusión, esta breve pieza logró inmediato impacto en la audiencia, ya sea por los severos y atronadores golpes de timbales y tambores, ya sea por el fuerte verso del peruano César Vallejo, recitado por el actor José Soza. Pero, por sobre estos elementos, estuvo la música misma, angustiosa y avasalladora, en sonoridades complejas que sólo tienen un momento de remanso en un tema altioplánico más melodioso. A toda esta mixtura Izquierdo sacó inmenso partido, con una dirección que consiguió efectos grandiosos.

Cerró la jornada la interpretación de la Quinta Sinfonía de Ludwig van Beethoven, obra fundamental del repertorio sinfónico,

que siempre es saludable escuchar en buenas y nuevas versiones que vengan a enriquecerla. Y así fue la que entregó Izquierdo.

Si en anteriores audiciones de otras sinfonías beethovenianas lideradas por este artista pudimos captar una visión de máxima energía y agilidad a veces explosiva, esta vez, para la tan famosa "Quinta", sólo se hizo notar el vigor y ya no tanto la opción por tiempos rápidos.

Fue una lectura marcadamente sobria, que en el segundo movimiento develó aristas de solemnidad con un ritmo inusualmente lento y pausado. Esto permitió descubrir texturas, sonoridades solistas y minuciosos contrapuntos que versiones más aceleradas suelen ocultar. Contra esta cualidad, que con un freno más generoso también se hizo notar en el tercer movimiento, Izquierdo inició un ascenso de vivacidad hacia la conclusión de la obra, llegando a los compases finales envolviendo la sinfonía en una ligereza jubilosa.

La cerrada ovación no se hizo esperar. Largos aplausos premiaron la interpretación y el regreso de Izquierdo frente a la orquesta de la cual será titular a partir del 2000.